

# El agricultor: el primer agente activo en la sociedad humana

STEVE WORTH



He trabajado en el desarrollo y ampliación agrícola en Sudáfrica durante cuatro décadas, y he aprendido algo profundo: se trata del agricultor, no de la granja.

Comencé en las áridas llanuras del noroeste de Sudáfrica, colgando al borde del Kalahari, donde intenté aplicar la formación universitaria en negocios agrícolas junto con mi creciente comprensión de las enseñanzas bahá'ís sobre agricultura y desarrollo.

Dos de los pasajes más citados a este respecto provienen de Abdu'l-Bahá:

**Primero y principalmente está el principio que, a todos los miembros del cuerpo social les serán dados el goce de los grandes adelantos del mundo de la humanidad. Cada uno tendrá el mayor bienestar y prosperidad. Para resolver este problema comenzaremos con el agricultor; allí se asentará el fundamento del sistema y orden...- Abdu'l-Bahá, *Fundamentos de la Unidad Divina*, pág. 43.**

Tenga en cuenta que Abdu'l-Bahá no dijo que debemos comenzar con la *granja*.

Deliberadamente no mencionó a la granja, sino al agricultor, con el ser humano que se encuentra detrás de toda la industria agrícola en la que se basa gran parte de cualquier economía, y en la que todos los humanos basan su sustento.

Crecí en Hollywood, en medio de una familia de actores de cine y artistas. Me topé con este consejo sobre los agricultores como joven bahá'í, y me inspiró a estudiar agricultura. Desde que tenía cinco años, sabía que algún día viviría en África, con suerte al servicio de mejorar la suerte de los africanos. La agricultura me llevaría allí. Pero, siendo una persona promedio y, entonces, de poca experiencia, yo, como tantos otros en mi campo, equiparaba al agricultor con la granja. Entonces, como muchos otros, estudié producción y economía agrícola.

Según lo planeado, después de estudiar, cumplí mi deseo de servir en África. Llegué en 1979. Solo entonces realmente comencé a aprender. Cuando tenía unos 10 años de experiencia práctica trabajando con agricultores pobres en el área donde me había establecido, y había visto el fracaso tras el fracaso de los programas de desarrollo agrícola basados en la agricultura, comencé a cuestionar la premisa en la que se basaban esos programas: el dominante paradigma, que era, esencialmente, «comenzar con la granja».

Durante las décadas de 1980 y 1990, me involucré (primero como economista y luego como gerente de extensión) en una colección de proyectos que involucraban 70000 hectáreas (alrededor de 170,000 acres) de producción principalmente de maíz, donde el objetivo era el desarrollo de más de 3000 agricultores. Invertimos más de \$ 110 millones en dólares estadounidenses, un valor actual de aproximadamente \$ 1 mil millones. El indicador de desarrollo: un aumento en el rendimiento medido por la cantidad de cultivos entregados al silo. Ese típico proyecto inmobiliario administrado por el estado implicaba paquetes de mecanización basados en la agrupación de agricultores en unidades agrícolas económicamente viables, rehabilitación de tierras y agricultura altamente administrada, todo basado en un análisis de la granja en sí.

Este enfoque tuvo dos efectos. Primero, hizo que los gerentes de proyecto anularan los programas de capacitación porque el aumento de los rendimientos a través de la capacitación tomaba demasiado tiempo y porque estaban siendo evaluados (y remunerados) en función de las entregas al silo. Por lo tanto, los gerentes de proyecto se hicieron cargo de las granjas y cultivaron con el objetivo de aumentar la producción, a expensas de los objetivos de desarrollo humano. En resumen, trabajaron en función de lo que se estaba midiendo, destacando que tanto la premisa inicial como sus indicadores de asistencia son motores críticos en la planificación y acción del desarrollo.

Estudios recientes han demostrado que los agricultores en esa área no han avanzado mucho en términos de ingresos y nivel de vida. Irónicamente, hace unos años, tuve un estudiante del área cuyo negocio (como contratista) es arar, plantar, cosechar y de otra manera administrar las mismas fincas de las que yo era responsable. Este estudiante era hijo de uno de los gerentes de proyecto que había trabajado para mí. Hizo el mismo trabajo que su padre había hecho, solo que ahora para los hijos de los granjeros que habíamos intentado «desarrollar». La atención se mantuvo en la agricultura de acuerdo con la capacidad de la granja, en representación del agricultor.

El segundo efecto: el enfoque basado en la producción agrícola resultó en una disminución medible en el estado nutricional de las mismas familias agrícolas cuyos rendimientos se habían incrementado con éxito a través del proyecto.

El problema, descubrimos demasiado tarde, vino de enfocar el proyecto en la producción económica dentro de un paquete de tecnología predeterminado, basado en la evaluación de la granja. Siguiendo este enfoque, obligamos al agricultor a pagar el préstamo por la tecnología requerida. Eso significaba que tenía que entregar todo el maíz al silo; con las ganancias devueltas al agricultor posteriormente. El problema era que, en esa comunidad, la comida era competencia

de las mujeres; el dinero era competencia de los hombres, y la gran mayoría de los agricultores eran hombres.

Antes del proyecto, las mujeres cosechaban alimentos para la familia y luego vendían el excedente. Pero el proyecto de desarrollo con el que trabajé requería la venta de todo el maíz. El resultado: aunque había más efectivo en el hogar, había menos comida. Claramente, el problema no era con el aumento de la producción. El problema era el plan que no consideraba ni tenía en cuenta el impacto del proyecto en el sistema familiar más amplio: habíamos evaluado la granja, no el agricultor.

Otro proyecto involucró a unos 100 agricultores individuales a los que se les asignaron 100 ha (250 acres), de los cuales tres cuartos se plantarían en maní y un cuarto en maíz. Estaba ubicado en un área conocida como Marapyane. En esos días, estaba aprendiendo setswana, el idioma local. En una de las reuniones con los agricultores, los escuchaba decir algo que solo podía entender como «no cultivar cacahuets». No sabía si se negaban a cultivar cacahuets o si sabían que los cacahuets no crecerían allí. Solo sabía que sonaba como una declaración intensa. Traté de plantear el asunto a los agrónomos a cargo de la planificación del proyecto. Desestimaron la información de antemano porque habían hecho su investigación, pruebas y estudios y habían confirmado la idoneidad del suelo para el cultivo de maíz y maní. Habían analizado la granja. Entonces, el proyecto siguió adelante. Un año después, cuando fracasó toda la cosecha de maní debido a razones inexplicables, entendí lo que los agricultores querían decir: «las nueces no crecen aquí». Fue una de las primeras lecciones que recibí para aprender a escuchar al granjero y honrar lo que sabe. Honrar el conocimiento local se convirtió en una parte importante de mi comprensión de la extensión agrícola. Aprendí una verdadera lección: comenzar con el agricultor.

El punto de todo esto significa que se gastaron millones de dólares en desarrollar granjas, no agricultores, con resultados netos insostenibles y produciendo poco o ningún avance para el agricultor o la familia del agricultor. Todo esto, simplemente porque comenzamos con la granja y no con el agricultor.

En pocas palabras, después de años de arrojar tecnología agrícola a los agricultores pobres (según una evaluación de sus granjas), la condición de esos agricultores permanece en gran medida sin cambios; siguen siendo pobres, con recursos limitados y privados de gran parte de la economía. El gobierno sudafricano reconoce que el desarrollo agrícola no ha tenido un impacto significativo entre los agricultores pobres. Sin embargo, aunque la política actual afirma que ahora intenta dirigirse a los propios agricultores, las suposiciones que sustentan la política permanecen basadas en un paradigma que valora inherentemente la producción y la tecnología, basada en una evaluación de la granja, por encima de los agricultores en desarrollo basados en una evaluación del agricultor.

Después de años de evidencia de que esto no mejora la situación de las masas, todavía creemos que la respuesta es comenzar con la granja. Usamos palabras nuevas, pero confiamos en el mismo paradigma.

Entonces, ¿cuál es la respuesta? La respuesta descansa en un dicho radical de la década de 1960: subvertir el paradigma dominante, lo que significa un cambio fundamental en el pensamiento que comienza con el agricultor.

Nota del autor: *Me gustaría agradecer a mi hijo Cunningham Worth por sus reflexivas contribuciones a este ensayo.*